

Joaquín Roca Rey :

Recuerdo y bienvenida

No conocí el estudio de Don Manuel Piqueras Cotolí cuando él estaba vivo, pero los años que lo frecuenté al comienzo de la década del 40 fueron para mí como para todos los que tuvimos esa fortuna, inolvidables. En ese taller no sólo trabajaba Jorge Piqueras, sino que desparramados entre las esculturas de su padre, dábamos nuestros primeros pasos, además de Jorge, Pepe Bresciani, Joaquín Roca Rey y yo. Pero no era solamente un lugar de trabajo, era también punto de reunión, de discusión, de confrontación de hallazgos. (La conversación no era necesariamente sobre artes plásticas porque asistían también músicos, como Enrique Iturriaga y Peco Pinilla, poetas como Javier Sologuren, Sebastián Salazar Bondy y Jorge Eielson. Con Manuel Solari Swayne hablábamos de España y Antonio Pinilla, además de filosofía, nos ilustraba sobre música criolla).

La pintura moderna en el Perú ya había dado sus primeras batallas, ya había pintores que rechazaban, con el mismo énfasis, la pintura académica y la visión provinciana del "indigenismo". En-

cabezados por la autoridad y el coraje de Ricardo Grau que, apoyado en la magnífica obra que traía de Europa, no vaciló en romper fuegos contra una escuela que pretendía ser el único camino para la pintura peruana. Grau no estaba solo, junto a él había pintores más jóvenes, como Sérvulo - de regreso de Buenos Aires y de su trabajo en el taller de Pettoruti-, Ricardo Sánchez y dos pintores suizos, de los que poco se habla ahora, pero que en su momento fueron muy importantes en la evolución inmediata de las búsquedas de nuestra pintura: Enrique Kleiser y Adolfo Tagman.

Por el contrario la escultura no daba ningún signo de vitalidad. La presencia de Victorio Macho, quien a causa de que vino a ejecutar el monumento a Grau se radicó en Lima, paradójicamente, en vez de estimular el desarrollo de la escultura local, lo detuvo. Victorio Macho era un escultor respetable, con un oficio excelente, formado en la escultura post-Rodin, y que descendía en línea directa de la obra de Bourdelle, es decir una escultura que no había recibido, ni acusado, el impacto de la escultura que le era contemporánea y que buscaba a partir de la revolución de Picasso y los cubistas, la forma pura en el espacio, el uso del vacío, etc., tan patente en las obras, ya en ese momento antiguas de Brancusi, Arp, Gabo y Peusner.

En Malambito, en el taller de Piqueras, comenzó a ponerse al día la escultura en el Perú. Joaquín Roca Rey y Jorge Piqueras, apoyados en la obra de los escultores antes mencionados pero sobre todo en los deslumbrantes trabajos que Henry Moore realizaba en ese momento, empezaron a experimentar con formas que sólo contenían vagas alusiones a la figura humana. Jorge Piqueras hizo en esa época unas esculturas que demuestran un talento muy poco común; luego abandona la escultura para dedicarse a la pintura y no volverá a hacer esculturas hasta el fin de la década de los 60.

La vocación de Joaquín Roca Rey, en cambio, siempre fue clara. Si comenzó estudiando en la Escuela de Bellas Artes, el tiempo que pasó como estudiante en el taller de Victorio Macho, fue el tiempo en que realmente se formó donde aprendió a dibujar y donde aprendió las complicadas técnicas del oficio de escultor y sus secretos. Cuando comienza a frecuentar Malambito, donde

descubre la escultura moderna, lo hace casi por azar: necesitaba un espacio grande para realizar una escultura por encargo. Se trataba del monumento a San Martín que hoy está en el malecón de Ancón (y para la cual posaba con especial deleite el inolvidable Fernando Román). Asistimos entonces a la progresiva metamorfosis que se produjo en la obra de Joaquín. Comenzaron a desaparecer los detalles, a ser eliminados los elementos que no tuvieran una importancia puramente plástica: nació el escultor Joaquín Roca Rey; y con él y con Jorge Piquerus, nació la escultura contemporánea en el Perú.

He vivido demasiado cerca, estas obras han sido tan próximas a mí que las considero casi mías (si la familia existe, Joaquín y Jorge son mi familia), que esto invalida cualquier juicio de calidad que pudiera yo dar sobre el trabajo de Roca Rey pues sería tan severo, tan comprensivo, que pondría tanto acento en su posibilidad futura como cuando se trata de hablar de mi propio trabajo. Y no es que no vea la realidad y que crea que tenemos menos años de los que tenemos, sino que creo que en estos oficios oscuros, complicados, la única sensación estimulante, permanente, es que finalmente, después de tanto buscar se va a abrir una puerta para acceder a la obra soñada durante toda una vida.

Joaquín Roca Rey viene ahora, desde su exilio romano, que a algunos nos cuesta trabajo perdonarle, a mostrar al público de Lima, su público, el fruto de lo que ha hecho durante una ausencia que me rehusó a considerar definitiva. Si no vive en esta parte del mundo, por lo menos su obra nos da testimonio que esta parte del mundo vive en él, pues en ella se descubre sin esfuerzo la constante presencia de la tradición del arte peruano precolombino que es un ingrediente innegable del lenguaje tan original, tan inconfundible, tan claro y tan agresivo que él ha desarrollado y con el que se expresa plenamente. Ojalá que esta muestra y esta visita de Joaquín Roca Rey a Lima marque el retorno de un contacto más frecuente entre el artista y el Perú, que redundará inevitablemente en beneficio para la escultura y la cultura general en nuestro país.

Fernando de Szyszlo